

al fondo a la derecha

Posesión II

Durante la inauguración del histórico Hipermerc'Art en la tienda de la Moritz (Ronda Sant Antoni, 31), con asistencia masiva de público, no pude evitar pensar en sus primeras ediciones, hace treinta años, en la Librería Look de la calle Balmes, en el American Prints de la calle Calvet, o en la añorada Sala Vinçon. Allí fue donde este invento de Jean-Pierre Guillemot realmente arrasó, y era un gozo ver al gentío haciendo cola de manera más o menos educada ante las cestas de dibujos, que a menudo se vaciaban la primera noche.

Creo que no soy el único artista en activo que empezó su carrera allí, y durante los años en los que participé, las ventas del Súper representaban una parte considerable de mis ingresos anuales. Aún más importante: cuando empecé a exponer en galerías, muchos de mis primeros clientes habían visto obras mías por primera vez en algún Súper y me habían seguido desde entonces, o sea que el evento fue un vivero de coleccionistas, confirmando la apuesta de Guillemot de que en cuanto la gente tuviera en las manos un original, no volvería a comprarse un póster –hay que recordar que las tiendas de carteles habían proliferado como setas, y en todas las casas de matrimonios jóvenes lucían aquí un *Guernica*, allá la foto de Marlon de motero en *Salvaje* o la de Marilyn riendo en *Gigante*. Guillemot acertó. Proliferaron en cambio las copias del Súper, saltándose la regla fundamental de que sólo puede durar un mes alrededor de Navidad, hasta que el exceso generó el hastío. Pero la idea es buena, y confío en que la reencarnación en Moritz sea fructífera para ambos, y se restablezca el ritual navideño de pasarse por el Híper a comprar alguna cosa.

Ya sé que a algunos les escandaliza esta manera de mostrar arte, pero yo creo que es un ritual sano, humano y civilizado, y que es una puerta de entrada a ese mundo para mucha gente que se siente intimidada (¡a veces con razón!) por las galerías. Cuando yo empecé a exponer en la vetusta Sala Parés, esta aún abría los domingos por la mañana, y se llenaba de gente del barrio que salía de misa en el Pi y/o de zamparse un suizo en alguna granja de Petritxol, a menudo con su *tortell* colgando del índice. Me encantaba.

Muy burgués, ya lo sé. Precisamente: me gusta lo burgués por muchas razones, entre otras la capacidad de criar confortablemente hijos que se hacen maoístas, o de la CUP y escupen a la cara de la cultura que tan bien los crió, aunque al fin, como en la canción de Jacques Brel, uno acaba volviendo a lo que es... Salud.

Carteles
Tortells
Burgueses



PERICO PASTOR



+ Humanos Una muestra en el CCCB hibrida el museo de la ciencia, el gabinete de curiosidades, el arte contemporáneo y el glamour de la tecnología

En la edad de los posthumanismos

JORGE CARRIÓN

Los cyborgs más famosos son atletas o artistas. Oscar Pistorius y Aimee Mullins, entre otros deportistas de elite, han provocado un difícil debate sobre los límites de las prótesis, sobre la mejora de las habilidades motrices humanas. En el marco de sus respectivos proyectos artísticos, Stelarc se implantó una oreja en el brazo; Wafaa Bilal se insertó una placa de titanio con un cámara en el cráneo, y Neil Harbisson se convirtió en la única persona del mundo a quien se le ha permitido aparecer en la foto del pasaporte con un aparato, el *eyeborg*, que le traduce los colores que por su acromatopsia es incapaz de percibir. Entre ambos campos, el deporte y el arte, Mullins –también modelo–, que posee una docena de atrevidas piernas ortopédicas, participó en el proyecto *Cremaster* de Matthew Barney, cuyas versiones cinematográficas pudieron verse este verano en el Guggenheim de Nueva York. El artista le propuso caminar, vestida erótica aunque quirúrgicamente, sobre dos prótesis que emulaban piernas y zapatos de tacón de vidrio, por una pasarela ficcional que coincidía con el espacio del museo. Esa misma operación vemos en *+ Humanos*, la exposición de la Science Gallery de Dublín que ahora puede verse, parcialmente re-imaginada, en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona: la sala de exposiciones hibrida el museo de la ciencia, el gabinete de curiosidades, la exhibición de arte contemporáneo y el glamour erótico de la tecnología.

La tecnología se reproduce gracias a nosotros, los humanos, sus genitales, útero, incubadora y sistema de educación. El día que esto deje de ser así se acabará el Antropoceno y comenzará el Tecnoceno. *+ Humanos* articula su lectura de nuestro presente y futuro inmediato a partir de cuatro zonas/ideas vinculadas con esa probable transición: la expansión tecnológica de nuestras habilidades (sobre todo físicas); el encuentro con la otredad (animal, humana, robótica); el entorno (ecosistemas, paisajes, ciudades), y el límite de la vida (nacimiento, vejez, eutanasia). Para ello propone tanto la contemplación de artilugios y proyectos artísticos como experiencias y experimentos. Es decir, pasar de instalaciones como *Optimización de la crianza*, 2.ª parte de

Addie Wagenknecht, donde un brazo robótico mece una cuna (será, por tanto, la mano que domine el mundo), a que te pongan un casco en la cabeza y te traduzcan a música lo que ocurre en tu cerebro (*Polifonía cerebral. Arquitectura de neurosonificación*, de Starlab).

En una exposición en que conviven los proyectos artísticos con los técnicos, en que la documentación de una performance de Regina Galindo (en que un célebre cirujano plástico especializado en misses le fue dibujando en las carnes todos las correcciones que podría hacerle) puede preceder a un vibrador o teledildo para relaciones a distancia, en que el museo del siglo XXI se piensa a sí mismo en directo, como collage de arte contemporáneo, pabellón de feria tecnológica y laboratorio de museo de la ciencia, en ese contexto tan siglo XXI sorprende que lo que más impacta sea lo antropomórfico, desde los ojos de robots hasta la escultura hiperrealista. Sobre todo los bebés de Agatha Haines, de su serie *Transfiguraciones* (2013), mejorados biomédicamente, que en la cabeza muestren agujeros, pliegues, modificaciones inquietantes.

Tal vez sean tres las grandes tradiciones discursivas que han pensado el posthumanismo: la filosófica, la científica y la hibridación de ambas: la ciencia ficción. En el ensayo de la profesora Rosi Braidotti que acaba de publicar Gedisa, enfática y sintéticamente titulado *Lo posthumano*, el debate se plantea en cuatro niveles: en primer lugar el posthumanismo (la vida más allá del individuo); en segundo lugar, el postantropocentrismo (la vida más allá de la especie); en tercer lugar, lo inhumano (la vida más allá de la muerte); y, por último, las ciencias posthumanas (la vida más allá de la teoría). Aunque en la exposición se sobreentiende la presencia de esa conversación teórica que ha recorrido nuestro cambio de siglo, tal vez hubiera sido bueno tratarla explícitamente, tanto en los textos de sala como en los del catálogo. E incorporar el cine, las series, el cómic y la literatura de ciencia ficción como traducciones, ecos o incluso puntos de partida de lo que ilustran el arte y la tecnociencia. |

+ Humanos. El futuro de nuestra especie

CCCB.BARCELONA.WWW.CCCB.ORG.HASTA EL 10 DE ABRIL